

**DIOS: DE UNA
HIPOTESIS GRATUITA A LA
HIPOTESIS AGRADECIDA**

DIOS :
DE UNA HIPOTESIS GRATUITA A LA HIPOTESIS AGRADECIDA

David Kapkin R.

Para el cristiano, Dios no puede ser un factor inmanente al Universo.

El sol, la luna, el universo entero, símbolos ancestrales de la divinidad, no son Dios sino obra de su palabra, que hacen del hombre un testigo de todo su amor.

El nacimiento del cristianismo y su herencia ancestral lo vinculan entrañablemente con una imagen del mundo que no corresponde a los requerimientos de la época actual. Este hecho crea ciertamente problemas a la conciencia de fe de numerosos creyentes de nuestros tiempos. Se podría decir que la cuestión esbozada comenzó cuando la investigación humana sobre los fenómenos del mundo y la vida lanzó su grito de independencia frente a los postulados de la fe cristiana. Primero tímidamente y luego en forma aguda y radical la ciencia tomó su rumbo.

Hubo intentos de replantear el sentido mismo del cristianismo para encauzarlo

en la ruta que iba demarcando indefectiblemente la razón del hombre. Estos intentos se produjeron en forma sistemática desde el siglo XVIII y se continúan hasta nuestros días. Abarcan los más diversos ámbitos en los cuales la fe cristiana se toca con los resultados de la investigación humana tanto a nivel filosófico como a nivel de las ciencias positivas. En todos ellos, a pesar de las diferente forma como se deba valorarlos, resplandece la inquietud de hacer accesible la fe cristiana a la razón ilustrada del hombre.

En todo caso, la imagen del mundo subyacente en las concepciones cristianas sigue constituyendo un pesado fardo que no cesa de oprimir la conciencia del creyente. Esto no resulta válido solamente si se consideran las fuentes normativas cristianas procedentes desde los orígenes, el Nuevo Testamento, sino también la globalidad de la documentación magisterial eclesiástica producida a lo largo de los veinte siglos de su historia en medio de la humanidad, hasta la propia hora presente.

El problema se puede considerar de una manera ciertamente simplista, pero muy dicente y significativa, en la educación cristiana que han recibido nuestros creyentes y siguen recibiendo los niños y jóvenes en la catequesis eclesial y escolar. Todo el sentido de la fe que aceptan los cristianos, todos los contenidos de ella y hasta las mismas consecuencias que de ahí derivan, se entremezclan en una forma aparentemente indisoluble con una concepción del universo y de los fenómenos que en él se dan, que pertenece a una edad radicalmente superada por el crecimiento de la humanidad.

Por ello no puede resultar extraño que la formación científica que se imparte en las instituciones educativas y se hace asequible a siempre más amplios círculos por toda clase de publicaciones y los medios masivos de comunicación, aparezca tan ajena a las convicciones cristianas tradicionales y cree conflictos dolorosos a la fe de los creyentes. El hecho lamentable que resulta de esta situación es la pronunciada indiferencia de amplios sectores sociales, que han tenido acceso a la formación científica, no sólo frente a la Iglesia institucional y sus prácticas, sino frente al propio cristianismo y aún a la misma realidad de Dios. A menudo también se esboza en un número creciente de personas una actitud de rechazo consciente de la fe cristiana y hasta de minusvaloración y desprecio de los valores que ella pueda encerrar.

El problema no se reduce al simple hecho de que para la generalidad de nues-

tros creyentes el lenguaje simbólico de las fuentes cristianas y de las mismas expresiones de la fe eclesial no alcanza a ser comprendido como tal. Por ello, por más importante que pueda ser y sea una formación de la fe, que permita al creyente captar el sentido de lo que finalmente cree en medio y a través de los símbolos expresivos, ésta no basta para colocar al cristiano de hoy, heredero y partícipe de una nueva imagen del universo, en una situación que le permita razonablemente creer.

En estas líneas voy a tocar sólo un nivel de la cuestión. Se trata, según mi parecer, del punto crucial en el cual se decide ahora para muchos y se decidirá en un futuro previsible para la generalidad de los hombres, la adhesión no solamente al cristianismo sino a cualquier otra forma de religión. Las ciencias de hoy han ido forjando con manos vacilantes y con infinidad de incertidumbres un nuevo bosquejo del universo. Aunque las ciencias son bien conscientes de la provisoriedad de muchas de sus hipótesis, el camino cierto ha quedado demarcado y las certezas balbucientes obtenidas revelan una verdad insoslayable y promisoría de luces siempre mayores.

El hombre, su vida, su pasado, presente y futuro en la tierra y quizás más allá de ella, se entroncan en la realidad del universo, cuyo ámbito inconmensurable se abre y despliega frente a los ojos atónitos del hombre y la sensibilidad de los poderosos instrumentos por él creados, en una forma siempre más sorprendente y significativa. El universo, con el hombre dentro de él, es una realidad unitaria que debe ser comprendida como tal.

Es claro que no hay unanimidad entre los científicos acerca del comienzo y el presumible fin del universo. Las opiniones pululan. Son signo dicente de la complejidad del fenómeno insondable y, al mismo tiempo, tanto de la inteligencia admirable del hombre como de la progresión y limitación de sus posibilidades. Sin embargo es dato fundamental, unánimemente asumido por la ciencia de hoy, que el elemento más simple del universo, el hidrógeno, está en el comienzo de todo el camino del cosmos. Las brillantes estrellas del cielo, de las cuales nuestro sol es una de mediana magnitud, son inmensas masas de hidrógeno incandescente. Todos los demás elementos del cosmos derivan del hidrógeno, como resultado de las admirables posibilidades que tiene la energía que le es ínsita.

Los puntos oscuros en el espacio, los llamados planetas en nuestro sistema solar y de cuya existencia alrededor de otras estrellas la ciencia ha ido obteniendo siempre más convincentes indicios, son finalmente materia de la materia original de las estre-

llas, formados de la misma de que ellas se constituyeron y restos de la explosión de supernovas miles de millones de años atrás. Toda la materia compleja deriva de la materia simple del universo. La materia ha hecho su camino y lo continúa haciendo en el movimiento perdurable del cosmos.

Tiempo considerable ha, cuando la ciencia esbozó la hipótesis de la evolución biológica en nuestro planeta, la fe cristiana se sintió dolorosamente aludida. Esto ocurrió porque la nueva imagen del mundo, a la cual, pues, pertenece, el fenómeno de la vida y aún de la vida humana en su novedosa comprensión, entraba en conflicto con la concepción ancestral cristiana de la creación. La investigación bíblica, que señaló la índole propia de los relatos de la creación y valoró los elementos simbólicos expresivos, logró lentamente asimilar los nuevos conocimientos científicos.

Actualmente bajo la sigla "evolución" no se describe solamente el fenómeno biológico de nuestro planeta sino todo el movimiento del universo. De esta manera toda la realidad material ha quedado unificada: desde el hidrógeno de las estrellas, los elementos progresivamente más pesados y complejos, el D N A, sustancia básica de todo fenómeno vital en la tierra, y finalmente el hombre mismo como realidad espiritual, es decir, abierta al conocimiento consciente y reflexivo y al amor. Un hilo conductor y unificante vincula a todo el cosmos, con todos sus fenómenos, los que nosotros conocemos, los que existen sin que los conozcamos y los que puedan existir en el futuro.

Si se tiene en cuenta lo dicho, se puede apreciar entonces el drama que vive el cristianismo en el mundo de hoy. Con toda razón la fe cristiana eleva un reclamo totalizante al hombre. Esto quiere decir que la fe no toca al hombre en su relación con Dios al margen de la tierra, de la vida, del universo, del pasado, del presente y del futuro. La fe pretende tener que ver con todo ello.

Pero nuestros ordinarios elementos expresivos derivan de una imagen del universo ya obsoleta. Los mismos sentidos de nuestras afirmaciones y la propia expresión de nuestras esperanzas se sitúan en contextos inteligibles para los cuales la razón científica de hoy ya no tiene comprensión alguna.

Quiero dejar constancia de que, cuando digo esto, no me refiero solamente a las concepciones populares cristianas, heredadas del pasado, sino aún a intentos nuevos, a sistematizaciones actuales, a esfuerzos modernos. No hemos podido aceptar de

buen grado y con conciencia agradecida las intuiciones científicas sobre el crecimiento evolutivo del universo; no hemos logrado valorar adecuadamente estos resultados para una visión cosmológica y antropológica cristiana. Las implicaciones de la historia biológica del hombre son frecuentemente desdeñadas por nuestra reflexión y de esta manera lo novedoso y específico del hombre no alcanza a aparecer en ella con su luz y reclamo adecuados. A la teología se le abre una senda misteriosa, en la cual se ha de encontrar, al ritmo de los avances del conocimiento científico humano, con siempre nuevas sorpresas de Dios.

A menudo nos sentimos frente a las ciencias acosados y acorralados.

Preferimos refugiarnos en un cómodo rincón libre de tormenta, donde podamos disfrutar solidarios de una paz moribunda que nos permita seguir creyendo con los ojos cerrados, sin escuchar siquiera la voz del mundo alrededor nuestro.

El anhelo por los sentidos trascendentes ha acompañado siempre al hombre. De esto no escapan ni siquiera los grandes investigadores científicos de hoy. Por eso no resulta sorprendente, por ejemplo, cómo uno de los grandes divulgadores de la cosmología científica actual, Carl Sagan, tanto en su maravillosa obra "Cosmos" como en la colosal serie televisiva del mismo nombre, no oculta su simpatía por las antiguas cosmologías teogónicas hindúes. Para él, éstas están muy cercanas a las instituciones científicas modernas, porque finalmente el destino de los dioses equivale al camino previsible del cosmos en sus ideas y retornos por la eternidad. Detrás de esta simpatía subyace uno de los intentos religiosos más primitivos de la humanidad: la interpretación divina del mundo. Es cierto que la mente religiosa del judaísmo y del cristianismo no puede compartir esta opinión. El judaísmo fue capaz, en medio de un ambiente religioso naturalista, de desmitificar radicalmente el universo. Aquí desmitificar equivale a "desdivinizar". El sol, la luna y las estrellas, símbolos religiosos divinos ancestrales de la humanidad, no son Dios sino obra de su palabra. Y el cristianismo se siente capaz de señalar como el "pecado" fundamental del hombre el confundir a Dios con el mundo. Según Pablo, elevar el mundo a categoría divina es "conocer" a Dios desconociéndolo, lo cual hace a los hombres verdaderamente "inexcusables".

Esto deja ver cómo finalmente la pasión de la inteligencia humana no es ahora diferente, en esta época del conocimiento científico, de como fue antes, en las edades oscuras, cuando se forjaban los ídolos de la madera y del metal de la tierra.

El camino del cosmos está pleno de azares. Azar fue la formación de las galaxias después de la primordial explosión que, como afirma una difundida opinión científica, las produjo. Azar fue la forma de su constitución, azar la disposición en que quedan cuando una es atravesada por otra o dislocada por su paso cercano. Azar es la formación de los puntitos negros en el espacio, donde de materia estelar original se desarrollan los elementos y se hace posible una forma de vida. Azar las reacciones químicas que traen consigo el DNA, azar, finalmente, la manifestación en el cosmos de una parte del cosmos que puede descubrir y constatar la azarosa cadena de los azares. Azar es, por tanto, también la ciencia misma que en un instante de la "eternidad" tiene que señalar cómo el camino del cosmos la ha hecho gratuitamente posible. La ciencia no es otra cosa que la detección inteligente del sentido de la realidad. La realidad inteligente se ve por azar capacitada para constatar el generoso camino del cosmos que la ha producido gratuitamente.

Sin embargo la realidad inteligente se sabe gratuitamente aquí. Fue por azar, pero está aquí y trata de comprender. No puede prescindir por sí misma, porque finalmente está aquí y sospecha que, por el mismo azar, pueda estar también en muchas otras partes del cosmos. Se sabe pariente o, más bien, hermana, de ella por la maravillosa cadena constatada de los azares. Esboza la idea de fraternidad cósmica, basada no sólo en la materia primordial de la que todos somos parte, sino en el resultado actual presumible del camino del universo, que ha sido capaz de conocerse a sí mismo.

Para el cristianismo Dios no puede ser, por ser Dios, un factor inmanente del universo. Por ello, si por un imposible cualquier científico "descubriera" un dios como tal, este dios no sería Dios, Carl Sagan, tanto en el libro mencionado como en la serie de televisión, dentro de la impactante imagen del cosmos que presenta con un admirable derroche de conocimientos y hasta con el corazón gozoso por poder ser testigo de tamaña maravilla, habla del Dios del cristianismo como de "una hipótesis gratuita". Esta puede ser una opinión corriente entre los científicos de hoy. De todas maneras, esta es la certidumbre, al menos confusamente asumida por muchos de los que actualmente se aventuran, aún entre nosotros, por las sendas luminosas de la ciencia moderna. Y ciertamente es Dios una hipótesis gratuita cuando se lo quiere entender como un factor intracósmico, como la explicación inmanente de los azares.

Pero el hombre como realidad del cosmos ha aprendido a agradecer cuando se siente regalado. Nadie le puede arrebatar la posibilidad y la necesidad de dar gracias

cuando recibe lo que él mismo no ha logrado y ni siquiera hecho posible. La cadena de los azares, por más casual que sea, revela un bosquejo de sentido al cual el hombre gratuitamente pertenece. Este sentido casual es sentido real. La casualidad de la inteligencia ha podido constatar la realidad de la casualidad. La persona tiene la admirable posibilidad de relacionarse con la persona con la gratitud que procede del reconocimiento y del amor. Esta posibilidad de agradecimiento se vuelve necesidad cuando la nobleza la impone. Por ello, ante el derroche casual de generosidad infinita que pulula en el cosmos, generosidad efectiva que ha llegado a obtener como fruto quien la conciba como logro de un camino de azares, el hombre ha podido y ha debido decir "gracias". Gracias no se dice a la anonimidad. Las "gracias" llevan en sí un nombre a quien deben estar dirigidas. De "una hipótesis gratuita", el hombre puede y debe pasar a "la hipótesis agradecida". Nadie le puede arrancar esta posibilidad. Según la fe cristiana, además, nadie debe sustraerse de esta necesidad. Por ello cuando se sustrae, tiene también necesariamente que fabricar un dios para sustituir a Dios. En esto consiste precisamente la culpa del hombre, en que "habiendo conocido a Dios" no lo reconoció como Dios ni le dio gracias (Rom. 1,21). Porque ha sido capaz y sigue siendo capaz de mantener injustamente en cautiverio" la verdad profunda del universo.